

III

TIRÓ EL DIABLO DE LA MANTA

—Dadme ese papel inmundo,
vil portador de mi ultraje,
antes que en rencor profundo
os dé para el otro mundo
con este acero un mensaje.

»Y aunque con portes humanos
las manos á la cabeza
veis que no alza á los villanos,
sé ponerles con destreza
la cabeza entre las manos.» —

Y arrancándole al criado
furioso el pliego don Luis,
apeló aquél á la fuga
al ver su ademán hostil.
Y éste, el papel estrujando,
entre jurar y gemir:
—Faltó á la red una malla
—dijo después para sí:—
bueno será que ya preso
el pez se escurra sutil,
y cauto á los pescadores
enrede en su mismo ardid.—

Y antes de cerrar la puerta
que da en secreto al jardín,
la fuga del mensajero
volvió á mirar de perfil,
quien aun corriendo seguía
por el opuesto confín,
que como el valor presta alas,
da el miedo pies para huir.

III

AMOR CON AMOR SE PAGA

Don Luis

Trémulo don Luis el pliego
desdobra poco después,
sentado frente á una mesa
en la que alumbraba un quinqué
Al ver la letra, su sangre
se arremolinó en su sien,

de sus rencores anuncio,
de una catástrofe pie.
Y golpeándose la frente:
—Huyó, con efecto, el pez,
—dijo, y derramó una lágrima.—
Quiera Dios que pare en bien.—
Y entre las manos las sienes,
los ojos sobre el papel,
rumiando frase por frase
así una tras de otra lee:

«Aunque teniéndoos presente,
don Pedro, os ame rendida,
dejad que os repita ausente
que es vuestra siempre mi vida.

»Dejad que os esté el deseo
eternamente adorando,
en vos mismo, cuando os veo,
en vuestra imagen, soñando.

»Bien sé que amándoos sin tino
mancho el honor de un tercero;
pero él me enseñó el camino,
á otra engañando primero.

»Irene á mi esposo amaba,
cuando yo á vos os quería:
y cuando yo á él le engañaba,
él á Irene amor mentía.

»Doile, pues, el desengaño
que labró su torpe lengua;
como la engañó, le engaño;
matar á un traidor no es mengua.

»Que os debo querer, no hay duda;
que antes de mi casamiento
de ello os hice juramento.
Ana, vuestra hija, os saluda.»

—¡No era mál!...—el triste padre
con infantil candidez,
transido, prorrumpió entonces,
y luego otra vez y cien.
—¡No era mál!—murmuraba,
vertiendo por llanto hiel,
desordenado el cabello,
como la muerte la tez.

¡Ay del corazón del hombre
si el amoroso cincel
en su espesor lentamente
labrando una imagen fué;
pues ya el sacrilego amaño
de alguna torpe doblez,
ya el tierno vínculo roto
de una quebrantada fe,
borran hasta el postrer rasgo
de su idolatrado bien,
y cuando el traslado arrancan
sale el corazón con él!

—¡No era mía!... ¡No era mía!!...—
gritaba en su afán cruel.
—Pues mueran entrambas,—dijo;
y airado tornó á leer:

«Luis á Irene ha tiempo nombra
con amante desvarío:
si todo en el mundo es sombra
lo mismo es su amor que el mío.

»Y aunque los dos nos odiamos,
en nuestros locos extremos,
callamos, porque miramos
que andamos cuanto corremos.

»Yo le miento placentera:
él mentiróso me halaga:
si él es falso, yo embustera:
amor con amor se paga.»

—
Cuando nuestra alma estremece
de la fortuna un vaivén,
de cuyo estrago los ojos
el fin no aciertan á ver,
ata nuestra voz el pasmo,
y nuestra mente un cancel:
el corazón mal herido
deja sus alas caer;
las lágrimas que á los ojos
aun no se asomaron bien,
vuelven por la misma senda
al pecho exequias á hacer;
lágrimas que idolatradas,
si no la animan tal vez,
mueren con ella en el fondo
del alma que las dió el ser.

¡Pobre don Luis, que privado
de amor y honor á la vez,
perdió con prendas tan caras
el sentimiento también,
y desmayados sus miembros,
entumecidos sus pies,
sólo en su extático rostro
en mezcla mortal se ven
lo estúpido de la infancia,
lo débil de la vejez!

¡Y más triste todavía
cuando en reacción cruel
aglomerada su sangre
vuelve en las venas á arder,
sus miembros se vigorizan,
torna á transpirar su tez,
y una y mil veces trabado
en violentos traspiés,
mide furioso la estancia
desde una á la otra pared,
hasta que un puñal asiendo
en ansia de no sé qué,
clamó, cual si desalado
corriese tras no sé quién:
—¡Amor con amor se paga;
tiene razón mi mujer!—

IV

EL ÁNGEL DE LA GUARDA

I

Don Luis

Execraciones lanzando
en los extremos de su ira,
llegó don Luis á la estancia
de su idolatrada hija;
y aunque hondamente entrañables,
tal vez desapercibidas,
rodaron algunas lágrimas
por sus candentes mejillas,
al encaminar sus pasos
del aposento á una esquina,
en donde en confuso aspecto
el lecho de Ana divisa,
asiendo con ruda mano
las misteriosas cortinas,
ya iba aquel pecho tan virgen

á desgarrar, parricida,
cuando las soltó impelido
de una repugnante grima,
con el afán batallando
de esas sensaciones íntimas,
que emanándose espontáneas
de su contextura misma,
sin prevenciones ni amagos
el corazón nos lastiman.

¡Horrible será sin duda
de un padre la suerte indigna,
cuando por un caso de honra,
tal vez por una mentira,
dar ofendido la muerte
pretende á quien dió la vida,
y un ídolo edificando,
para aventarle en cenizas,
mece una mano su cuna
y la otra enciende su pira!

Así el amor sofocando
del honor voces malditas,
ilusiones en que débil
la humana flaqueza estriba,
tuvieron del asesino
la voluntad indecisa,
hasta que brotando en su alma,
preocupaciones impías,
que revelaban del mundo
sarcásticas invectivas,
corrido, desesperado,
por una irónica risa
que se engendró en su conciencia
clamó infeliz:—¡Hija mía!—
Y descolgando el acero,
sobre las holandas finas,
tan crudos golpes reparte
que el corazón petrifican.

Y mientras don Luis la muerte
aquí y allí disemina,
sin conocer ofuscado
que el aire sólo acuchilla,
Ana en el jardín contempla
la luz de la luna tibia,
ante la cual giran sombras,
partos de su fantasía;
y así encuentra delirando

gustos en vez de desdichas,
que no son los que más yerran
los que en el mundo deliran.

II

Ana.—El alma en pena

¡Bien haya la inocencia,
precioso don del justo,
que sin broquel robusto
su frágil existencia
guarda la Providencia
con su poder augusto!
Deslízase la vida
en tan sabroso estado,
en brazos adormida
del tiempo nunca airado;
como fugaz paloma
por un cielo de aroma
cruza con pompa suma,
ó cual botado esquife,
sin miedo á un arrecife
orza en mares de espuma.

¡Feliz mil veces Ana,
que con tranquilo pecho
deja el amor del lecho
por respirar temprana
la brisa que serena
en noche tan amena
murmura á su ventana!
Miden sus ojos bellos
del campo las alfombras,
y ven sombras y sombras
vagar á los destellos
de la naciente luna
que baña la alameda,
y aun cree escuchar alguna
que la mumura queda:
—Baja á los campos, niña,
halle tu alma inocente
refugio en la campiña.
¡Guay que el volcán ardiente
los árboles desgaja
cabe tu hermosa frente!
Deja el monte eminente;
baja á los campos, baja.—

Y dócil á su acento,
con infantil contento,
de la tendida vega
donde el volcán no llega,
movió su pie inconstante
por el floreal camino;
que nunca un pecho amante
de la virtud tocado,
desoye, rebelado,
la voz de su destino.

La augusta perspectiva,
que ve como soñando,
y el aura que oye esquivo
tonos de amor formando,
y aquellas sombras vagas
que embozan la floresta,
á cuyo centro obscuro
parece que á un conjuro
vienen como de fiesta
las protectoras magas,
confusamente un mundo
forjan de Ana en la mente,
hermoso sin segundo,
donde confusamente
se oyen tiernas canciones
nunca escuchadas antes,
y vense perfecciones
de no vistos amantes;
y se aspira la esencia
de unas flores sin nombre,
que esquivan la presencia
de la mansión del hombre;
y miranse las danzas
de plantas fugitivas,
risueñas lontananzas,
citas de amor furtivas;
porque una noche clara,
de sombras nunca avara,
tantos prodigios junta
en almas hechiceras,
si en ellas ya despunta
la edad de las quimeras.

Rayando la mañana
tocó á su fin la luna,
y al ver las sombras Ana
deslizarse una á una,

y que insensible huía
la más idolatrada,
creyó que de callada
pasando, la decía:
—Ya viene la mañana;
vuélvete, niña, al lecho
do no amaga tu pecho
la antes hambrienta fiera.
Llora á los tristes, Ana:
torna al redil, cordera.—
Y á la luz matutina
del sol que empezó á alzarse,
la imagen peregrina
vió de Irene alejarse,
cual iris inseguro
que ya sin fuerza alguna
un débil claro-oscuro
esparce desteñido;
ó cual rayo de luna,
que acaso con mancilla
más enturbia que brilla,
á los del sol rendido.

Y al ver las limpias huellas
Ana, del claro día
que intenso destruía
sus ilusiones bellas,
la lumbre maldiciendo
del sol que iba creciendo,
traspuso la distancia
de su vecina estancia,
hallando de esta suerte
el sueño más tranquilo
allí donde ha tan poco
que con intento loco
sentó con mano fuerte
de su guadaña el filo
la inexorable muerte.

¡Cuánto fueran distintos
los más funestos hados,
si siguiesen lanzados
los hombre con anhelo
los mágicos instintos
que les inspira el cielo!